

La esperanza es, naturalmente, ecológica (El encuentro de Chiapas)

Raúl García-Durán

Aunque a estas alturas se ha empezado a paliar ya, en la medida de lo posible, la mala información proporcionada por los medios sobre el I Encuentro Intercontinental por la Humanidad y Contra el Neoliberalismo celebrado en Chiapas el verano de 1996 (son varias las charlas, algunos los artículos y muchas las inquietudes creadas) no sobra un artículo más, en *Ecología Política*. Al contrario. Suscitar todo esto fue quizás el objetivo básico del Encuentro (que así continúa) y además es una oportunidad de resaltar el carácter, naturalmente, ecológico que este también tuvo. Se trató del primer paso, no dogmático ni enconsetado, de la Internacional de la Esperanza y la esperanza internacional solo puede ser ecológica.

Dos serán así las partes esenciales de este artículo. Primero, un somero balance del encuentro y, segundo, algunas ligeras reflexiones sobre dicho carácter ecológico.

BALANCE DEL ENCUENTRO

Balance, sin dudarlo, totalmente positivo. Aunque con errores, ya la mera celebración del encuentro fue un éxito extraordinario. ¡Que un grupo de indios que hace 12 años se apartaban de la calle para que ni pudieras pasar, liderados por un ejército ilegal, sea capaz, con las armas de su valentía, imaginación, poesía, creatividad y tenacidad, de convocar a 4.000 personas venidas de todos los mundos, pese a estar rodeados por el ejército mexicano...! No es periodístico, pero



Foto cedida por Icaria editorial, del libro *Los desafíos del zapatismo*.

vale la pena publicar la lista de los 42 países, de cuyos movimientos resistentes nos encontramos, en calidad de representantes, en las montañas del sureste mexicano: Alemania, Argentina, Australia, Austria, Bélgica, Bolivia, Brasil, Canadá, Costa Rica, Cuba,

Chile, Dinamarca, Ecuador, EEUU, España, Filipinas, Francia, Gran Bretaña, Grecia, Guatemala, Haití, Holanda, Irán, Irlanda, Italia, Japón, Kurdistan, Mauritania, México, Nicaragua, País Vasco, Paraguay, Perú, Portugal, Puerto Rico, Sudáfrica, Suecia, Suiza, Turquía, Uruguay, Venezuela y Zaire... Cinco continentes, estrella de cinco puntas como dicen los zapatistas...

Todos juntos, pero no revueltos. Diciendo cada uno lo suyo, defendiendo cada uno lo suyo, pero sabiendo (salvo escasas excepciones) escuchamos. Realmente unidos. Comprendiendo que la forma de avanzar es cada uno por su camino pero haciendo piña para sortear los escollos comunes, hoy, la deshumanización y su forma actual, el neoliberalismo. Daba alegría oír las distintas y en algunos aspectos contradictorias aportaciones sin debates estériles. Realmente la Internacional de la Esperanza, esperanza, entre otras cosas, de no caer en los mismos errores... Juntos estábamos anarquistas, comunistas, ecologistas, feministas, guerrilleros, pacifistas, okupas y muchos que éramos, somos, varias de estas cosas a la vez.

Fue solo un primer paso, pero acordando los siguientes inmediatos: extender el encuentro mediante el eco, un frente común de acciones, una red intercontinental de información, una consulta igualmente intercontinental, un segundo encuentro el verano que viene en Europa (no cayendo así en el dirigismo zapatista)... Para después, continuar... «Se hace camino al andar» y el final del camino es abrir más caminos.

Tres son, creo, las aportaciones básicas del Encuentro:

— La fuerza de la valentía y la constancia: del, cuando es colectivo, quiero, pues puedo.

— La unidad sin búsqueda de la uniformidad.

— El comprender que no hemos de buscar «la alternativa», sino ir *haciendo* alternativas. El tiempo es nuestro.

El explicar más esta tercera aportación, nos lleva al anunciado «análisis» ecológico...

INSPIRACIÓN POR LA NATURALEZA

«Entonces nos fuimos a la montaña para buscarnos bien y para ver si encontrábamos alivio para nuestro dolor de ser piedras y plantas olvidadas. Aquí en las montañas del sureste americano, viven nuestros muertos. Muchas cosas saben nuestros muertos

que viven en las montañas. Nos habló su muerte y nosotros escuchamos (...).

«La montaña nos habló de tomar las armas para así tener voz, nos habló de cubrirnos la cara para así tener rostro, nos habló de olvidar nuestro nombre para así ser renombrados, nos habló de guardar nuestro pasado para así tener mañana». (De las palabras de la Comandancia General, en el acto de inauguración del encuentro).

«La palabra que nació dentro de estas montañas, las montañas zapatistas, encontró oídos que le dieron cobijo, la cuidaron y la lanzaron de nuevo para que llegara y diera la vuelta al mundo». (De la II Declaración de la realidad con que se clausuró el Encuentro).

No es mera literatura. En las montañas chiapanecas se comprende bien al escuchar, al amanecer, saliendo de la niebla, las voces de los indios muertos, aunque por desgracia ya no comprendamos su idioma, será cuestión de años el recuperarlo. El gran éxito del movimiento zapatista, es que es el único núcleo revolucionario que ha escuchado más que ha hablado. Y ha escuchado a la naturaleza y por tanto al indio que aún no se ha desgajado, alienado, de esta.

Hemos perdido el idioma, pero la naturaleza también sabe expresarse con signos, de forma que con ellos nos hizo entender un doble mensaje (al menos así lo interpreté yo): permanencia e indestructibilidad, aunque no inmovilismo. La montaña parece estática, pero nunca lo es, se va transformando lentamente en su interior y ello transforma lo exterior. Si sabemos resistir, no de forma pasiva sino activa, en contra de todas las apariencias y desánimos, la victoria, aunque lenta, es nuestra. Porque es nuestro el tiempo. La montaña es todo menos «pasota». El resumen de su mensaje es claro: no es cierto que no se pueda hacer nada. Cuando decimos que la gente no responde, somos nosotros los que no respondemos. Porque no sabemos llamar, ya que no sabemos escuchar.

Lo he repetido cada vez que he hablado del tema, pero me gustó lo suficiente como para hacerlo. A una pregunta sobre lo que hacían los zapatistas en las comunidades liberadas, un indígena (avanzado, con estudios) nos contestó: «Subimos al tiempo», es decir, ir haciendo, sin un proyecto previamente elaborado, lo que el tiempo exige en cada momento. Es decir, la alternativa no surge elaborando, como pensamos nosotros,

aunque bienvenida sea toda elaboración, sino, de nuevo, escuchando. Escuchando al tiempo, es decir, escuchando la naturaleza, escuchándonos los unos a los otros (para esto se hizo el encuentro), escuchándolo todo, escuchando la dinámica, la ecología, del universo.

A los ojos occidentales (más que a los ojos, que tenemos atrofiados) nos choca ver a los indios mucho tiempo sin hacer nada, «perdiendo el tiempo», decimos nosotros. Es al contrario, ellos saben sentir el tiempo y por eso lo disfrutan, hablan con él, no lo malgastan en tonterías, en «hacer cosas» muchas veces sin sentido porque antes no hemos amado al tiempo.

El indígena continuó: «...y hoy lo que nos dice el tiempo es que hemos de luchar por la humanidad y contra el neoliberalismo, si no, es nuestra muerte». Es, desgraciadamente, cierto. Por hambre y por exterminio organizado. Son ya muchas las indígenas esterilizadas contra su voluntad con el engaño de una revisión ginecológica. El neoliberalismo es el atentado ecológico global (y la muerte de los más débiles) y la humanidad no es otra cosa que una especie que necesita recuperar su armonía con el resto de la naturaleza para poder subsistir.

PERSPECTIVAS ECOLÓGICAS

Si preguntamos a un indio si es ecologista no sabrá de qué estamos hablando, pero lo es, porque es montaña, medio natural. Su economía es aún de subsistencia, natural, orientada a la satisfacción de necesidades, no al lucro o el crecimiento; además, todavía, es al mismo tiempo un ser individual y social (comunidad).

No es de extrañar así que prácticamente las únicas normas que teníamos que cumplir los invitados al encuentro fueran normas ecológicas: no tirar colillas ni papeles al suelo, recoger las basuras, usar solo jabón neutro, bañarnos en determinadas zonas del río... El indio forma parte del medio y cualquier agresión a este es una agresión directa al indio.

Y el indio, la montaña, nos inspiraron, contagiaron, a todos los asistentes y así el encuentro se hizo también ecologista:

— En primer lugar por la defensa de lo local. Frente a la globalización, la unidad de lo diverso, que solo es posible siendo cada uno, cada comunidad, ella misma. Dinámica natural:

no dinámica social por encima de la física, sino una sola. Diversa por naturaleza. Evidentemente, sin fronteras, el invento más antiecológico de la especie humana que aliena con ellas su propia humanidad.

— Y para que una comunidad pueda ser ella misma, lo ha de ser cada uno de sus componentes. La única forma natural de organización social es la autogestión. Me sorprendió gratamente el que esta idea se repitiera una y otra vez en el encuentro. Seguro que escondiendo diferentes concepciones, pero precisamente es esto la autogestión: el potenciar lo que nos une sabiendo arrostrar las diferencias.

— No hubo diferencias en la defensa de la agricultura tradicional. Yo participé en la mesa de Economía (o en la «del terror» como decía la convocatoria zapatista), en la submesa de Alternativas y las ponencias que más interesaron fueron las de varios colectivos californianos sobre cómo el rendimiento de las tierras abonadas químicamente es ya decreciente, cómo la agricultura tradicional respeta el medio y consigue mayores rendimientos a largo plazo... No creo que sea necesario insistir aquí en el tema.

ECOCONCLUSIONES

Los zapatistas nos dicen, señalando lo que queda después del encuentro (además de los compromisos concretos):

«Sigue el eco, la imagen reflejada de lo posible y olvidado: la posibilidad y necesidad de hablar y escuchar».

«El eco que reconozca la existencia del otro y no se encime o intente enmudecer al otro».

«El eco que reproduzca el propio sonido y se abra al sonido del otro».

«El eco de esta voz rebelde transformándose y renovándose en otras voces». (De la II Declaración de la realidad).

Solo quiero añadir una idea a este eco. Como la ecología no es conservacionismo, no se trata de conservar al indio, sino de aprender a escucharle, y para ello no es necesario estar en la selva lacandona; basta escuchar la naturaleza, nuestras montañas, nuestras playas.

(Playas del noroeste mediterráneo)